

UN NOMBRE
POR SEMANA

MARECHAL

Tuvo tiempo, al menos, de entregar a la imprenta su tercera novela, *Megafón o la guerra*. No sabía —no podía saberlo— que era la última, y en sus papeles se dibujaban ya las situaciones de una cuarta, *El empresario del caos*; una tragicomedia, *El Mesías*, aguardaba el momento de salir a la calle, junto con nuevos versos, su eterna pasión. Tuvo tiempo, en fin, de cumplir setenta años —el 11 de junio—, sin que sus ojos perdieran ese asombro jovial, esa franca mirada de quien se asoma por primera vez al mundo. El viernes último, Leopoldo Marechal murió en su departamento de Plaza Once.

Murió, si se quiere, definitivamente, porque a lo largo de un decenio, entre 1955 y 1965, la Argentina se olvidó de él; o, mejor, ciertos argentinos de bella conciencia que no le perdonaron una actitud política, como si ellos, instalados en la revancha, fueran los únicos inmarcesibles, los dueños de la verdad. Socialista no afiliado, en su juventud, simpatizante del nacionalismo más tarde, Marechal adhirió al peronismo: "Es la única revolución popular que se hizo en la Argentina —nos dijo una tarde— y no me arrepiento de haberlo apoyado, aunque nunca milité activamente en sus filas".

Es cierto, pero los hombres que vinieron a liberarnos en 1955 no se detuvieron a hacer diferencias; sus ayudantes en los mandos de la cultura —que nada sufrieron bajo el peronismo— traían el mismo celo negativo. "Rostros amigos me negaron el saludo —ha explicado Marechal—; se me cerraron todas las puertas vitales y literarias, en una especie de muerte civil o asesinato colectivo." La soledad, compartida con Elbia Rosbaco, su mujer, fue norma en esa década infame; a veces no había con qué comer, y la hostilidad del medio no daba tregua. Sin embargo, ese "robinsonismo amoroso, literario y metafísico", según él lo definiera, no desgastó a Marechal; por el contrario, ejercido con alegría, con esperanza, iba a fortalecerlo, a señalarle rumbos espirituales desconocidos, a enriquecer su arte.



Precisamente en 1965 editaba *El banquete de Severo Arcangelo*, y él mismo se declaró sorprendido cuando un redactor de *Primera Plana* llegó hasta su casa para interesarse por él y su fresca novela. Entonces, descubrimos que de los 3.000 ejemplares de *Adán Buenosayres*, publicada en 1948, unos seiscientos vagaban aún en los estantes de las librerías. Apenas Julio Cortázar, en aquella época, advirtió el valor de *Adán*, una de las máximas contribuciones a la narrativa nacional; una veintena de iniciados mantuvo el culto de esta inmensa y admirable novela, cuyo nombre empezó a sonar entre los jóvenes escritores como un santo y seña, con una fama de la que no había gozado en los días de su nacimiento.

El banquete se agotó en unas semanas; los seiscientos mustios ejemplares de *Adán* volaron de las librerías, y fue necesario reeditarlos. El país entero —y el exterior, sobre todo la América latina— desagrávió a Marechal; una segunda antología de sus poemas enjugó el interés de quienes no sabían que este hombre afable, conversador, erudito, generoso, era también uno de los poetas argentinos más apreciables (*Los aguiluchos*, *Días como flechas*, *Odas*, *Poemas australes*, *El centauro*, *Sonetos a Sophia*, *El viaje de la primavera*). Sus crueles enemigos de 1955 volvieron a comunicarse con él, a recordar los batalladores tiempos de Martín Fierro, la casa de Villa Crespo donde el adolescente Marechal escribió a los once años su primer cuento, *El pirata rojo*, inspirado en "mi querido maestro Salgari".

Nadie se indispuso con él por su defensa de la Revolución Cubana: había ganado el derecho a expresar sus ideas, era demasiado célebre como para atacarlo. Es que, en su fuero interno, ellos sabían que Marechal los superaba; no sólo porque su creación se añade a las más perdurables —cinco o seis— de la literatura argentina, sino también porque nobleza lo señalaba como un ser humano no fuera de lo común.